

EL ÚLTIMO CAFÉ

Luisfer Romero Calero (@delmako)

Habían bromeado mucho sobre el futuro. Ella insistía en que si todo iba bien, se instalaría con él, muebles de Ikea, jaja, jijí, tu cepillo de dientes es el azul, el mío el rosa, no me gustan los perros, iremos a la playa los fines de semana si hace buen tiempo, ¿y en Semana Santa qué haremos? ¡Irnos de viaje! ¡Yo no soporto las cofradías! ¡Yo tampoco! Y tendremos niños, ¿no? Pero tres son muchos, jaja, jijí. Estoy tan a gusto contigo, no quiero estar en ninguna otra parte.

Ella había sido la protagonista perfecta de su última novela, con su inocencia, su sonrisa, su alegría, sus pendientes de aro. Ahora la novela estaba en las librerías, y todo era distinto. La miró y, totalmente convencido, dio un sorbo al último café que tomaría a su lado.

EL ÚLTIMO CAFÉ

Pablo Buentes Rodríguez (@PabloBuentes)

Se hace la luz. El soldado enciende una vela con un soplido rápido y enérgico. Camina de espaldas, zigzagueando en sillas que se levantan a su paso, vasos que estallan recomponiéndose, muebles cerrados. Saca un pistolón oscuro, humeante. Un hombre se alza rehaciéndose. Zum, zum, dos enormes balas brotando del pecho chorreante. La sala se ilumina por los destellos. El hombre grita en una lengua desconocida antes de sentarse mecánicamente. El soldado deja de sonreír y cierra la puerta de una patada. Un crujido resuena como un eco, lejos. Después nada. Humo que vuelve hasta una taza de café hirviendo y una mano que hace círculos con una cucharilla de cobre. Él ya sabe que vendrá. Devuelve el café al fuego encendido y lo apaga. La ventana escupe unas faldas blancas. Una mujer cierra la ventana, un paso, dos, tres hasta el hombre. Un beso. Alguien que grita desde lejos y la mujer sofocada que recupera su color, una falda de volantes, un corsé desatado torpemente que deja al descubierto dos pechos pequeños y blancos, un vuelo de encajes, ella desnuda. Después ambos se meten entre las sábanas. La luz de la vela ilumina la habitación. Se hace la oscuridad. Nada. Alguien grita desde lejos. Ya vienen.

EL ÚLTIMO CAFÉ

Jesús Rodríguez González (@trisco)

El presidente caminaba cabizbajo y con paso lento por aquella calle empinada. Hacía apenas un cuarto de hora que había salido del Congreso, después del pleno, como cada viernes. Pero esa tarde no quiso seguir su costumbre de regresar al palacio presidencial ni que el coche oficial lo llevara a algún otro sitio. Ni siquiera le había apetecido acompañar a la gente de su grupo parlamentario hasta la sede del partido.

El pleno de ese día había sido más largo y duro que cualquier otro desde que llegó a la presidencia. El líder del partido opositor había subido al estrado y le había echado en cara todos los males y problemas que acuciaban al país en medio de aquella horrible crisis que había dejado al Estado en la bancarrota y a cinco millones de personas sin trabajo y desamparados. Al salir del Congreso, una muchedumbre de personas esperaba al presidente para abuchearlo. Por eso decidió que aquel día lo mejor sería ir a dar un paseo sin rumbo, y volver a casa cuando se sintiese más aliviado o la noche no le ofreciera otra alternativa.

Caminaba despacio, entristecido por todo lo que había visto. Todavía sonaban en su cabeza las palabras del líder de la oposición, proferidas como bofetadas en la cara del Gobierno, atronadoras como grandes martillos en una roca a punto de romperse. Iba mirando al suelo sin poder evitarlo. En el asfalto mojado veía, como un fantasma, la imagen de esos cientos de personas en la puerta del Congreso, gritando coléricos, llamándolo de todo. Volvió a preguntarse si tendrían razón en aquellas cosas terribles que le decían. Ya lo había pensado cuando vio a la muchedumbre por primera vez. Ahora, como entonces, esa pregunta y la respuesta que le vino a la cabeza le hicieron esconder más aún la cabeza entre los hombros y seguir caminando de frente.

Empezó a callejear y al poco tiempo estuvo alejado de las calles comerciales repletas de luces navideñas. Caminaba cada vez más lento conforme se alejaba del gentío que le gritaba a él y de aquel otro que gritaba mientras salía y entraba de las tiendas, poseído por el hechizo de los escaparates y los mostradores. Bajaba ya por una calle empinada, cada vez más oscura, cada vez más estrecha, cada vez con menos tiendas y menos gente y menos gritos. Hoy veía sus días cuesta abajo, como aquella calle. Veía todo por encima de él, pero todo era cada vez más pobre, más sórdido, más oscuro. Pero, sobre todo, se veía a él bajando poco a poco hacia esas grandes tinieblas que nunca antes había visto.

Empezó a pensar en los meses primeros de su Gobierno. Eran días felices. Había alcanzado el puesto con el apoyo y el cariño de todos los ciudadanos, y el país era una floreciente economía que tenía cada vez más peso en la geopolítica planetaria. Hoy todos parecían despreciarlo y aquel pequeño país, que hace algunos años era uno de los pilares del mundo, hoy no importaba a nadie. “Ni siquiera a su Gobierno”, fue una de las losas que el líder de la oposición había tirado encima del indefenso presidente durante el pleno de aquella tarde.

Caminó durante más de una hora. Dejó atrás las calles céntricas, atravesó barrios modernos de largas avenidas y rascacielos grises y llegó a suburbios alejados, rodeados de fábricas, de los que nunca había oído más que la apertura de una nueva factoría o algún atropello con muertos y detenidos. Cansado de andar bajo una llovizna insistente, se detuvo en una calle oscura y mal asfaltada con camiones aparcados delante de naves industriales.

Aparte de tres o cuatro farolas, en toda la calle sólo brillaba la luz de un pequeño farol casi fundido sobre la puerta de un bar. El presidente vaciló un momento. Al final decidió entrara para resguardarse de la incipiente helada. Era una tasca minúscula y mal iluminada, con unas pocas sillas delante del mostrador. El mesero leía un periódico manoseado con el rostro de un jugador de fútbol manchado de café en la portada. Levantó la vista por encima de las páginas y vio al extraño comensal que acababa de entrar, con abrigo largo y zapatos castellanos. Dejó el periódico en el mostrador y lo atendió.

—Póngame un café solo, por favor —dijo el presidente con voz entrecortada por el frío y la tristeza.

La cafetera empezó a chillar y humear entre gorjeos, con su habitual complejo de locomotora. El presidente se sentó y miró a su derecha. Dos asientos más allá, un obrero de alguna fábrica cercana tomaba un cortado. El obrero devolvió la mirada. Era ya mayor, pero la cara tiznada y la barba de varios días le echaban más años de los que realmente tenía. Saludó al presidente con un gesto de la cabeza, y volvió a mirar al mostrador. Parecía no haber reparado en quién estaba sentado a su lado.

El presidente comenzó a sorber su café. Miraba al mostrador, pero de vez en cuando echaba una ojeada al obrero. La profunda tristeza de su mirada le había impresionado y conmovido. Se acordó de los años en los que el café le costaba ochenta céntimos y del revuelo intrascendente que aquella confesión provocó en un debate televisivo. Se preguntó si los obreros como aquél pagarían ochenta céntimos por el café, o cuánto hacía que no veían un precio así. Después de un rato, de nuevo se volvió hacia el obrero y, después de balbucear un par de palabras, le habló.

—Hace frío, ¿eh?

El obrero volvió la cabeza y lo miró, extrañado.

—De cojones —respondió, finalmente. Tendió la mano al presidente y éste la estrechó—. Me llamo Joaquín.

—Yo José María. ¿Trabaja usted por aquí?

—Sí. Bueno... no. Mire —le alargó un sobre al presidente. Llevaba el membrete de una conocida empresa que tenía su factoría en la zona—. Ábralo, no se corte.

El presidente abrió el sobre. Dentro había un folio amarillo con algunas huellas de grasa. Llevaba la firma del director. Arriba del todo rezaba con grandes letras la leyenda “CARTA DE DESPIDO”. El presidente miró al obrero, que asentía con la cabeza.

—Ya no trabajo, la verdad. Fíjese, a ver qué le digo yo a mi mujer y a mis hijos cuando llegue a casa. Menudo regalito de Navidad —sonrió un momento—. Y el Gobierno... el Gobierno no hace una mierda por nosotros.

El presidente bajó la mirada y se apoyó en la barra. Se había mareado de repente. La mirada del obrero se perdió de nuevo en las estanterías. También la del presidente. El vaso humeaba, empañado como los cristales del bar. Fuera, la llovizna comenzaba a convertirse en leves copos de nieve que danzaban en el aire, bajo la luz tenue de una farola mal sujeta en la pared de una nave.

En aquella calle mal asfaltada, en medio de ningún lugar, no había tiendas, ni luces de Navidad, ni niños gritando entre los escaparates. Sólo había una tasca de mala muerte donde un transistor viejo recitaba el parte de las ocho. El locutor hablaba del pleno de aquella tarde, de la intervención del líder de la oposición, de cómo había acorralado al presidente del Gobierno. A la crónica parlamentaria la siguieron las graves noticias económicas. Paro, quiebras, caídas de la bolsa. Dentro del bar, como si fueran ajenos a todo aquello que llegaba de un mundo muy lejano, el presidente y el obrero tomaban en silencio, mirando al mostrador, el último café de esos años brillantes que ahora se apagaban como el farol de la puerta de aquel bar.

EL ÚLTIMO CAFÉ

Juan José Fernández Cerero (@Bukowski)

No sé qué hora es, aunque probablemente habrá amanecido hace un rato. Aquí no te dejan llevar reloj. Solía molestarme mucho al principio, pero ahora ya no lo hace; qué más da la hora que sea en un sitio en el que cada día es igual que el siguiente. Aquí toda la esperanza que uno tiene es que el día que empieza sea el último. El mío lo es. Diría que ha empezado a llover fuera, pero el sonido de todo llega aquí muy amortiguado.

He pedido un café. Quiero decir que la última cosa que voy a tomar antes de largarme de este sitio es un jodido café. No una comida de reyes, ni tampoco caviar y champán como algunos idiotas. Si has sido un miserable todos los días de tu vida, ¿qué sentido tienen el caviar y el champán el último día de todos? El café de este lugar es una basura, y a pesar de ello uno acaba acostumbrándose al sabor. Tras tantos años, apenas puedo recordar otro café que este mejunje aguado, que tiene el color de un vino demasiado viejo. El alguacil siempre lo trae a la misma hora –supongo–, y lo llama cariñosamente: “cafelito”. Pero no hay nada amable ni bueno en ese café. Es como todas las otras cosas de este sitio: sucio y débil. Pero he pedido un café de verdad para esta mañana. Hace ya tantos años.

Sentado en la cama con las manos sobre las rodillas, observo por última vez estas paredes, los golpes, las manchas de humedad, el poster de una conocida actriz que una vez me regaló un alguacil. Un tipo al que le gustaban mucho las películas, como a mí. Al principio yo había hablado mucho con los alguaciles. Luego empecé a notar a veces en las miradas, en las palabras, cierta superioridad moral que da el estar del otro lado de los barrotes. Yo solía pensar que no había tanta diferencia entre ellos y yo. Así que dejé de hablar con ellos. Pero a veces tenía suerte y me encontraba tipos como el de las películas, y entonces hablábamos de vez en cuando, por las mañanas, cuando traían el café. Si no fuera por eso, habría olvidado más cosas de las que ya he hecho.

Por fin traen el café. Es una especie de capuccino, muy suave, con espuma de leche y canela espolvoreada por encima. He estado tentado de preguntarle la hora al tipo que lo trae, que no es el de las películas. Tal vez sea la única persona a la que voy a echar de menos. Al resto he tenido tiempo de sobra para olvidarlos. Lo ha dejado ahí, encima de la mesa. Estoy sólo mirándolo. Mirando el humo condensarse y escaparse hacia arriba, lentamente, dibujando círculos y espirales. Baila y se recrea en sí mismo y luego se marcha. Hace frío. Sostengo la taza de café y me caliento las manos. Un par de tipos han venido a mirarme. Cojo mi taza, me vuelvo a sentar en la cama y les doy la espalda. Murmuran tras de mí, pero no me importa. Yo estoy mirando fijamente el color tostado de mi café, sosteniéndolo entre mis manos, quemándome un poco. De repente oigo una voz a mis espaldas. Es el tipo de las películas. Ni siquiera estoy seguro de alegrarme de verle en estos momentos. Nos saludamos y hablamos un poco. Él me suele hacer de periódico. En realidad podría leer los periódicos yo mismo, pero la actualidad no me interesa en absoluto. Le hago que me cuente las noticias sólo porque me divierte mucho la forma en que existe el mundo en su cabeza. Parece un lugar completamente diferente.

Cuando se marcha se van también los dos tipos que vinieron a mirarme. No sé quiénes son. Es probable que sean nuevos y que vean este circo por primera vez. Tal vez les resulte divertido. A mí me es totalmente indiferente. Vuelvo a mi café. Mierda, se ha enfriado un poco. Le doy el primer sorbo y lo dejo reposar un poco en la boca antes de

tragar. A veces me gustaría tener una ventana aquí. Que se moviera el aire, que pudiera ver la lluvia, que viniera a posarse un pájaro de vez en cuando, como en aquella película.

He pedido este café, preparado así, a causa de una mujer. Es probable que haya hecho las mayores estupideces de mi vida a causa de una mujer. Es probable que yo no sea el único hombre al que le pase esto. Tomé un café como este el último día antes de entrar aquí, con una mujer preciosa que jamás me dijo su nombre. Era rubia y no demasiado alta y se quejaba constantemente de lo mal que la habían dejado tras su último corte de pelo, aunque a mí me parecía que tenía un pelo precioso. Yo tomaba mi café solo. La vi entrar y cerrar un minúsculo paraguas negro. Afuera llovía mucho y traía el pelo mojado. Yo era el único tipo en aquel lugar, así que ella se acercó y me preguntó si podría invitarla a un café para entrar en calor o probablemente moriría allí mismo. Recuerdo que llevaba unos zapatos de tacón negros y manicura francesa, que sonreía todo el rato y a veces se asfixiaba un poco cuando le daba un ataque de risa. En uno de éstos le hice una foto. Sale con la cabeza medio agachada y se tapa un poco la boca con la mano. Creo que le daba vergüenza. La foto me la quitaron al poco tiempo de llegar aquí. Luego el tipo de las películas me regaló el poster.

Sigo pensando en ella cuando vienen a buscarme. Es un tipo al que no he visto nunca. Imagino que es para evitar que se monten escenitas o que alguien diga más de lo que debe. Si es así, funciona: no tengo ganas de hablar con él. Sólo le saludo y le digo que me de un segundo para terminarme el café. Él se queda allí parado, no hace ni dice nada. Doy el último sorbo y observo los posos. Pienso en esas adivinas que dicen que leen los posos del café y me río solo: en los míos de hoy seguro que no hay demasiado que leer acerca de mi futuro. Hacía tiempo que no salía de la celda. El tipo que ha venido a buscarme camina a mi lado mientras cruzamos el interminable pasillo que da al patio. Nadie dice nada: no hay nada que decir. No hace falta saludar, ni despedirse. El único ruido que oigo mientras cruzamos es el del tipo de las películas, que entra en mi celda rápidamente y sale con mi poster bajo el brazo. Cuando llegamos al patio hay otros tres hombres esperándonos, y mientras lo cruzo recuerdo otra película cuyo nombre he olvidado. Tampoco importa. Dentro de unos minutos seré hombre muerto, o más bien matado. Al menos el café estaba bueno. Me ha calentado el cuerpo y hace más soportable el frío.